

Danzas eslavas

Iván Medina Castro

Universidad Autónoma del Estado de México

ORCID: 0009-0006-3270-2033

*Venía otro puente de piedra blanca, y
Valentina se detuvo en lo alto del arco,
apoyándose en el pretil, mirando hacia
el interior de la ciudad.*

Julio Cortázar

A Václav Havel

SIEMPRE QUISE CONOCER PRAGA. En un inicio fue a razón de la muerte del abuelo. Omnipotente, escudriñaba su recámara llena de secretos, a medio camino entre lo póstumo y el olvido, hasta encontrar un sobre desgastado que llamó mi atención por la procedencia de la estampilla postal: *Ceskoslovensko*, Praga, se leía. Y la fecha de envío, ilegible. Adornado con una pintura en cálidos matices entre azules y blancos de la Catedral de St. Vítus. Sin embargo, lo que más captó mi interés fue la ausencia del remitente. Con una curiosidad muy explicable en mi temperamento aventurero, me atreví a sacar el contenido. Prácticamente, en una servilleta había una breve anotación manuscrita:

Tus labios impacientes degustaban aquel último sorbo en el Kavárna Slavia. Fijaste tu concentración en el remanso del Vltava para inspirarte y elaborar una sola frase capaz de decirme adiós. Cuando llegué a la mesa para sentarme a tu lado, en el fondo de la taza pude observar impregnada mi suerte. No dejé que hablaras. Ceñí con calidez tus manos y no te solté sino hasta que finalizó el Impromptu de Smetana. Me incorporé y sin volver a mirar tus ojos, desaparecí.

Nunca ahondé con la familia sobre el hallazgo, estaba convencido de la existencia de un vínculo exclusivo entre el abuelo y yo. Empero, nunca dejé de cuestionarme,

¿cómo el abuelo, teniendo de escenario a Praga, inició un romance que por alguna circunstancia se marchitó?

Con el tiempo me dediqué al estudio del piano, especializándome en la obra de Dvorak. Por tal motivo, solicité una beca para estudiar en el Conservatorio de Praga. El recinto musical aceptó mi petición, pero, ese mismo día de la notificación, también me enteré de que una enfermedad terminal habitaba en mí.

Entonces, a comienzos del otoño determiné lanzarme al asalto de la tierra encantada para disfrutar mis últimos momentos en Praga, y descubrir por qué el abuelo se había enamorado en ese lugar.

Para mí fue fácil pensar en la República Checa, su música orquestal era parte de mi formación académica. Además, mi hermana estudiaba la carrera en Letras Eslavas y como sabía de mi miramiento hacia Chequia, me prestaba todas las obras narrativas posible de aquel país. Conquisté a compañeras como el Don Juan de Mozart con los poemas de Rilke, analicé detenidamente la narrativa de Kafka y releí los cuentos antisistema de Kundera, entre otros.

Cuando llegué a Praga, de inmediato imaginé un olor a otrora batallas del asedio de los husitas al Castillo de Karlstejn que me daba la bienvenida. Después, transité hasta el Puente de las Legiones, bordeando en todo momento el río Moldava para sentir su palpitación al ritmo del corazón. Pasé por el Café Slavia, aguardé un buen rato,

e imaginé al abuelo, de joven, vestido con su uniforme de la Segunda Guerra Mundial, compartiendo mesa con una mujer bellísima parecida a Hana Svobodová. Lo divisé jubiloso, recibiendo con los brazos abiertos a su amada. Entretanto, de un piano de cola, ejecutaban con destreza una cuadrilla en si bemol mayor.

Seguí mi trayecto admirando la arquitectura de la vieja ciudad donde se entretejen las calles y los edificios y los restaurantes y los bares, y los teatros se codean con los museos y los comercios con los ministerios y las estatuas beben de las fuentes; hasta ladear la Biblioteca Nacional para pronto arribar al Puente Mánesuv. Encaramándome, permanecí en su borde, vigilando la lenta ronda de los gatos o, de vez en cuando, adivinaba la ubicación de los paisajes que Josef Mánes plasmó en sus lienzos, con la mirada limpia del que describe su entorno como un canto de alabanza. Supuse a un hombre veraniego dormir en los prados. Su cabeza caía sobre su hombro y sus ojos, sombreados por un amplio sombrero de paja con un lazo rojo, estaban cerrados. Su rostro exponía una barba descuidada, crecida casi por distracción, como la barba de un bohemio.

Sin esperarlo, un dilatado fragor de reverencias cundió. Era el carrillón de la Iglesia de San Clemente, que con su armónico repiqueteo caía frío en la epidermis, recordándome cuando el abuelo solía decir tras la resonancia plañidera de alguna sonora campanada: “Cuando

vayas a Praga, no dejes de visitar el reloj medieval astronómico; una torre tan alta que se pierde entre las nubes: nadie, hasta ahora, ha visto su cúspide, y presta atención en las imágenes del calendario. Yo me las perdí”.

El cielo, de un tinte sepia surcado por nimbos arremolinados indicaban la inminente caída de una tempestad alterando con brusquedad las sombras del horizonte. A pesar de ello, la inquieta ciudad irradiaba esa luz ambarina, eterna, de musas que inspiran para hablar del ayer, del hoy o, en ocasiones, del mañana.

Mientras, erré por sus callejuelas, expurgando cada rincón y cada esquina en busca del hostel para resguardarme. De súbito, advertí sobre mi espina un cosquilleo bien conocido. Sentí la presencia del abuelo. Llegó a pie como un redentor que me apretaba el hombro con dedos casi tímidos, e indicaba el recorrido a través de los alegres mercados itinerantes concurridos por parejas de jóvenes estrujándose frenéticamente con ese goce que precede a la intimidad. Incluso, me condujo a la Plaza de Wenceslao, a una librería de viejo, cuyos destellos mortecinos del aparador daban cierto aspecto a una taberna, lugar donde conoció al fantástico Karel Capek y las delicias del pastelillo *trdelník* con su inigualable sabor ahumado.

En tanto, mi cerebro trabajaba sin descanso: “¿Hacia qué lugares me

conducirá mi marcha? ¿Qué clase de destino me aguarda?”. Todo cedía a una irrealidad de entresueños llenos de asombro y exquisitez.

La vereda declinó en una ronda empedrada: era, por fin, la senda conducente a las puertas de roble claveteado del hostel. Casi como si corriera, troté por puro impulso una cuesta entre árboles entrelazados de frutas y pájaros con una liviandad perfecta. Atravesé el Jardín Franciscano cubierto de musgo y de hojas que crujían tras mis pasos. Alcé los ojos y vi una edificación cuadrada, con dos terrazas de piedra, era una construcción gótica notable. Suspiré, aliviado.

La puerta estaba entornada. Una muchacha fresca y esbelta, que despedía un olor a lúpulo de fácil adherencia a la ropa, y que había deseado para mí con toda el alma, dejó salir una voz dulcísima, como de *bábovka*, que me daba un cálido y húmedo recibimiento...

Cayó la noche, apareció una luna resplandeciente. Inició la llovizna y la lluvia se convirtió en una tormenta tan fuerte que se oía el golpeteo de las gotas en la calle. Relámpagos violáceos estremecían el cielo. Los muros del hostel se iluminaban de pronto y volvían a hundirse en la oscuridad. No importaba. Dentro de mi habitación, me arrebujé dentro de la cama y antes de dormir supe que pronto le preguntaría al abuelo el motivo por el que no continuó su polca con la mujer eslava.